

Mujeres, militancia popular y subjetividad. El caso de la Federación de Trabajadores por la Tierra, la Vivienda y el Hábitat (FTV)

Women, popular militancy and subjectivity. The case of the Federation of Land, Housing and Habitat (FTV)

Marcelo Barrera*

Resumen

El trabajo tiene como objetivo principal indagar, desde una perspectiva de género, en la cotidianeidad de las mujeres que desempeñan diversos roles y acciones militantes en la organización sociopolítica argentina denominada Federación de Trabajadores por la Tierra, la Vivienda y el Hábitat (FTV). En tal sentido, el artículo centra su mirada tanto en lo que respecta a las tensiones y los obstáculos más relevantes que ellas identifican para poder llevar a cabo sus prácticas militantes, como también en lo que atañe a las estrategias que ponen en juego para superar los obstáculos señalados en procura de conciliar las responsabilidades que conlleva el rol de militante y los otros roles por ellas protagonizados en la vida cotidiana. Asimismo, a partir de la configuración de una tipología se indaga en la posible relación entre involucramiento militante y transformación de la subjetividad. Para dar cuenta del objetivo propuesto hemos realizado numerosas observaciones no participantes en las diversas estructuras organizativas de la organización y, paralelamente, efectuamos entrevistas a las y los militantes.

Palabras claves: mujeres militantes - protesta social - femineidades

Abstract

This paper's main objective is to investigate, from a gender perspective in the everyday life of women who play various roles and militant actions in the socio-political organization called the Federation of Land, Housing and Habitat (FTV). In this regard, the article focuses its attention both in regard to tensions and the most important obstacles that they have identified and to carry out their militant practices, as well as in regard to the strategies that come into play for overcome the obstacles identified in attempts to reconcile the responsibilities of the role of militant and the other starring roles for them in everyday life. Also, from setting up a typology explores the possible relationship between militant involvement and transformation of subjectivity. To account for the proposed objective observations made numerous nonparticipants observations in the different organizational structures of the organization and we conducted interviews with the militants.

Key Words: women militants - social protest - feminitities

* Licenciado y profesor en Sociología, Universidad de Buenos Aires (UBA), magister en Investigación en Ciencias Sociales por la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (UBA).
marcebarrera@hotmail.com



Introducción

Este artículo¹ analiza la experiencia de militancia de un conjunto de mujeres pertenecientes a las clases populares que participan, ocupando papeles y roles diversos, en la organización sociopolítica denominada Federación de trabajadores por la Tierra, la Vivienda y el Hábitat (en adelante, FTV). Haciendo un breve relato de su historia, lo primero que cabe señalar es que la FTV como tal surge formalmente hacia fines de los años noventa en el marco de la Central de Trabajadores Argentinos. Efectivamente, el 6 de septiembre de 1997, en el distrito bonaerense de La Matanza se desarrolló con la presencia de 400 delegados de la Central de los Trabajadores Argentinos de todo el país y dirigentes de organizaciones sociales vinculadas a la problemática de la tierra el primer Encuentro Nacional de trabajadores por la Tierra, la Vivienda y el Hábitat. Sin embargo, debió pasar casi un año para que la Federación de Trabajadores por la Tierra, la Vivienda y el Hábitat (FTV) se constituya formalmente (adquiriendo personería jurídica). En la Capital Federal, en el marco de la CTA, pero con la presencia de un conjunto destacado de delegados y representantes de organizaciones nacionales e internacionales, el 18 de julio de 1998, se efectuó el primer Congreso Nacional de Trabajadores por la Tierra, La Vivienda y el Hábitat, y es allí donde se constituye y “pone en marcha” la FTV como tal, a la vez que se nombra a Luis D’Elía como su principal dirigente.

Sin embargo, su constitución como movimiento social urbano que se asume “de origen territorial” y que reclama para sí una identidad fundada “al calor de las luchas reivindicativas en el territorio, focalizada en el acceso a la tierra, los servicios básicos, la vivienda digna y el hábitat”²; tiene sus orígenes en las tomas de tierras efectuadas en La Matanza en la década de 1980, las que posibilitaron el surgimiento de los primeros asentamientos en el Gran Buenos Aires³. Asentamientos que, a partir de un dinámico proceso de auto-organización de diversos grupos y con el accionar de la cooperativa de trabajo Unión, Solidaridad y Trabajo (U.S.O.) como centro político-organizativo, dieron lugar al nacimiento del barrio El tambo, pero también, a un proceso de construcción de redes barriales integradas por diversas organizaciones de base como cooperativas de trabajo, comedores populares, entre otras. Así, se constituyó un espacio social y político

de resistencia contra las políticas neoliberales de los años noventa y comienzos del nuevo siglo.

Actualmente, a la par que la actividad territorial continúa siendo central en su estructuración interna como organización, tanto su presencia organizativa de alcance nacional, como su capacidad de movilización e instalación de demandas en el espacio público, así como también, el proceso de progresiva institucionalización en el que se encuentra, la han vuelto un actor relevante en la escena política argentina.

Aquí cabe llamar la atención en el hecho de que nuestro trabajo se inscribe en un conjunto de estudios recientes que abordan, a partir de diversas perspectivas de género, numerosas experiencias de organización popular, protesta social y acción colectiva protagonizadas por partidos políticos, movimientos sociales y organizaciones de base⁴.

En ese marco, nuestro trabajo coloca su mirada en la experiencia militante de las mujeres entrevistadas, específicamente centra su análisis en la cotidianeidad de las mujeres, tanto en lo que respecta a las tensiones y los obstáculos más relevantes que ellas identifican y padecen para poder llevar a cabo sus prácticas militantes, como también en lo que atañe a las estrategias que ponen en juego para superar los obstáculos señalados en procura de conciliar los tiempos y las responsabilidades que conlleva el rol de militante y los otros roles por ellas protagonizados en la vida cotidiana. Asimismo, a partir de la configuración de una tipología se indaga en la posible relación entre involucramiento militante y transformación de la subjetividad. Finalmente, se expondrán las conclusiones que se desprenden de la investigación.

Cotidianeidad y militancia popular: tensiones y conciliaciones

Como lo hemos manifestado, el objetivo de este artículo es colocar centralmente el foco de nuestro análisis en la relación entre militancia popular y cotidianeidad. Nuestro interés por abordar tal “relación en tensión” surgió del propio trabajo de campo⁵, y más específicamente, de las afirmaciones manifestadas por las mismas militantes de

⁴ Al respecto puede consultarse numerosa bibliografía, entre otra: Karina Bidaseca, *Colonos insurgentes. Discursos heréticos y acción colectiva por el derecho a la tierra. Argentina, 1900-2000*, tesis doctoral, Buenos Aires, 2006, mimeo; Adriana Causa y Ojam Julieta (comps.), *Mujeres piqueteras. Trayectorias, Identidades, participación y redes*, Buenos Aires, Ediciones Boabob, 2008; Andrea Andújar, “Crisis y alternativas en la historia argentina reciente: los movimientos piqueteros (1996-2001)”, en *Nuestra América. Revista de estudios de la cultura Latinoamericana*, Portugal, Ediciones Universidade Fernando Pessoa, nº 2, agosto-diciembre 2006, entre otros.

⁵ Entre los meses de octubre de 2008 y septiembre de 2009 hemos asistido a dos locales territoriales de la FTV, uno instalado en el distrito de Berazategui y, otro, ubicado en el distrito de La Matanza. En estos realizamos presenciamos numerosas asambleas, y observamos actividades de gestión de ayuda social (copa de leche, etc.). Asimismo, efectuamos 26 entrevistas en profundidad, 20 a mujeres y 6 a hombres, todas y todos militantes de la FTV.



la organización estudiada. Eran fundamentalmente un grupo de ellas (las más activas y comprometidas con su militancia y la organización) quienes en sus comentarios no dejaban de subrayar las profundas dificultades que representaban las expectativas, responsabilidades y tareas domésticas a la hora de desarrollar su involucramiento y militancia en la organización. Antes de continuar quisiéramos destacar que, dado que asumimos una perspectiva teórico-metodológica cualitativa, partimos de entender a la militancia popular tal como la entienden predominantemente las propias militantes⁶. Es decir, como un tipo de militancia que es social a la vez que política⁷. De allí que posean una concepción “amplia” de la actividad militante, que abarca toda acción que se encuentre vinculada a la organización. Así, tanto participar en una marcha, como formar parte en un local territorial y/o asumir un cargo — al que se ha llegado vía la organización— en el marco del Estado son percibidas como actividades militantes.

A partir de lo dicho es que, en lo que, sigue reflexionaremos, recuperando las voces de las protagonistas, en torno a las tensiones y obstáculos que dificultan y atravesian, la compleja armonización entre el desarrollo de la militancia y las responsabilidades y tareas de la esfera privada. En ese marco, ilustraremos las numerosas estrategias o arreglos individuales y colectivos que ponen en juego estas mujeres para lograr conciliar sus papeles y potencialidades tanto en el espacio “público” como “privado”.

Mujeres y militancia: Obstáculos, tensiones y arreglos privado-individuales

El principal obstáculo para el desarrollo y profundización de la militancia al que se enfrentan diariamente las mujeres de la FTV son los discursos obstaculizantes de su actividad militante que pronuncian los hombres (fundamentalmente sus parejas, pero también los otros com-

pañeros de militancia). Es frecuente que sus respectivos “compañeros” (esposos, novios o concubinos) aduciendo razones de seguridad se opongan a que ellas participen de las movilizaciones, o en las reuniones o talleres que se realizan en horarios considerados por ellos inconvenientes; en otros casos la oposición incluso es más radical, se oponen a que sean parte de la organización. En el caso de Gimena⁸, refiriéndose a su esposo, sostiene: “Es la traba que yo tengo para todo” (Gimena, 44 años).

Es usual que los varones expresen, a veces de modo ambiguo e impreciso, sus desavenencias frente a las mujeres que protagonizan acciones “desacopladas” del horizonte de acción socialmente legitimado. Lo hacen a partir de expresiones verbales que aducen a un tipo de recriminación solapada (o no tanto) que no suele hacer foco en la crítica de la práctica de participación política sino en el “aparente” abandono o mal desempeño de sus tareas roles y tareas “naturales” que en tanto mujer le “corresponden” asumir. En tal sentido Mónica relata:

Incluso para los compañeros que han sido mi pareja, la sociedad los forma de una manera en que hasta un punto donde: “A ver, vos ¿a qué hora volviste? o el “andá a buscar a los chicos vos”. (...) Hay mucho doble discurso en los compañeros. Es decir, “está todo muy bien que hagan la Secretaría de Género pero vos no, vos dejá, ocupate de los chicos” (Mónica, 58 años).

Pero estas mujeres, no sólo escuchan reproches de sus compañeros, sino también las demandas que suelen realizar sus hijos, quienes en algunos casos las interrogan interpelando su rol tradicional como mujer-madre:

Tal vez mi nene porque cree que fue siempre lo que le sacó [se refiere a la participación en la organización] a la madre de su lado, a veces me dice “vos siempre por los demás, vos siempre por los demás”, esa cosa egoísta de los hijos. (Lucía, 34 años).

Desde el punto de vista del desarrollo de su participación en el movimiento, la maternidad opera en estas mujeres de modo ambiguo y paradójico, si bien puede generar un impulso movilizador para el acercamiento de las mujeres a la organización, también es dable señalar que, en tanto no se produzca una reorganización de la división sexual del trabajo tendiente a distribuir de una forma más equitativa las tareas domésticas entre los miembros del hogar, la maternidad puede devenir un obstáculo para que las mujeres asuman una mayor participación e involucramiento en las diversas actividades que hacen a la militancia popular⁹, dado que de no ocurrir tal reorganización, la mujer siempre se encuentra condicionada por el deber de retornar a su hogar para realizar trabajos reproductivos domésticos. Como lo ilustra nuevamente Mónica:

En lo que es la participación y el compromiso [...] la

⁸ Este como todos los nombres de los/as entrevistados/as se ficcionaron a fin de preservar la confidencialidad de éstos/as.

⁹ De aquí en adelante cuando hagamos referencia al concepto militancia nos estaremos refiriendo al tipo de militancia que hemos denominado como militancia popular.

⁶ Recordemos que el enfoque cualitativo posee como su supuesto básico la necesidad de comprender “las estructuras significativas del mundo de vida por medio de la *participación* en ellas a fin de recuperar la *perspectiva de los participantes* y comprender el sentido de la acción en un marco de relaciones intersubjetivas”, Irene Vasilachis de Gialdino, *Métodos cualitativos I. Los problemas teórico-epistemológicos*, Buenos Aires, CEAL, 1992, p. 48 (subrayado en el original).

⁷ Aquí cabe señalar que la FTV, a diferencia de otras organizaciones populares, ha podido sortear con relativo éxito (por ejemplo, a partir de su participación en el Consejo Consultivo de la Ejecución del Plan Jefes y Jefas de Hogar bajo el gobierno de Eduardo Duhalde y/o el nombramiento de Luis D’Elía, en el año 2006, al frente de la Subsecretaría de Tierras para el Hábitat Social) el desplazamiento de los sectores populares de “la política” hacia lo “social” que la división del trabajo político generó en las últimas dos décadas en el caso del Gran Buenos Aires. Con respecto al desplazamiento señalado puede leerse: Sabina Frederic, *Buenos Vecinos, malos políticos. Moralidad y política en el Gran Buenos Aires*, Buenos Aires, Prometeo, 2004 y de la misma autora, “El ocaso del ‘villero’ y la profesionalización de los ‘políticos’: sobre el problema moral de la política en el Gran Buenos Aires”, en *Etnografías Contemporáneas*, n° 1, 2005, Buenos Aires, pp. 98-125.



mujer siempre está un poco más atrás desde lo cotidiano porque está acá trabajando pero sabe que hay que lavar el guardapolvo para mañana, el hombre que está trabajando acá no está pensando en eso (Mónica, 58 años).

Esta ambivalencia política de la maternidad se explica cuando se comprende que las relaciones de cuidado, compromiso y reconocimiento que la definen socialmente como tal son portadoras de un componente afectivo capaz de adquirir las formas más variadas y contradictorias. La afectividad puede adoptar, en determinados casos, la forma conservadora de la protección excesiva y el miedo a la autonomización del hijo, como así también puede favorecer el encorsetamiento en el rol de madre de las potencialidades de la mujer; mientras que en otros casos, puede operar como una fuerza impulsora de la participación y la acción social y política en pos de un mejor presente y futuro para sus hijos. La maternidad se revela como motor pero también como impedimento. Esa ambigüedad emerge en el siguiente testimonio:

Si yo no peleo por el futuro de mis hijos no estoy dejando nada, aunque sea algo quiero dejar para ellos. Una mejor calidad de vida para ellos y para cualquier persona. Me gustaría que tuvieran la posibilidad de recibirse, de tener emprendimientos para ellos. No como yo, que no tengo secundaria terminada. Yo sí me propongo voy a terminar la secundaria, nada más que yo ahora tengo otras cosas en mi vida, otros proyectos, porque tengo una nena de cuatro años y tengo un nene de quince que están creciendo, y al de quince lo deje mucho tiempo solo por mis problemas personales, y hoy quiero luchar al lado de él (...). Salgo a militar porque quiero mejor calidad de vida para todos los chicos (Johana, 43 años).

El presente y futuro de sus hijos y “*de todos los chicos*” son para Johana los elementos movilizadores de su “*pelea*”. Su “*lucha*” es por lograr que ellos tengan tanto hoy como mañana “*una mejor calidad de vida*” de la que ella tiene y ha sabido tener. Ahora bien, paralelamente, el ejercicio de su maternidad, desplaza algunas de sus propias potencialidades a un segundo plano, “*estar al lado de él*” es percibido como una práctica jerarquizada y excluyente frente a otros proyectos y prácticas “*personales*” que se consuman fuera del hogar. En este caso, finalizar la secundaria.

Las responsabilidades y tareas devenidas de las prácticas de cuidado ejercidas por las madres limitan el tiempo que estas mujeres pueden destinar tanto a sus prácticas “*personales*” como a la participación en la organización. Ello se ve potenciado por el hecho de que estas mujeres adoptan otros múltiples y diversos roles en su cotidianidad. Las tensiones, presiones y demandas que generan el trabajo productivo, el trabajo doméstico, la realización de las numerosas tareas que la participación comprometida en la organización demandan —tales como asistir a reuniones, participar en acciones colectivas de resistencia, y tantas otras— a lo que incluso en muchos casos debe sumarse la asunción de la responsabilidad del cuidado de los adultos (fundamentalmente los ancianos), no son de fácil armonización, resolución y superación por parte de

las mujeres.

Para lograr cumplir con las responsabilidades públicas y privadas derivadas del cuádruple rol¹⁰ por ellas asumido y “sostener” su militancia, implementan estrategias y arreglos privado-individuales para ampliar sus márgenes de tiempo “para sí”¹¹ y con el objetivo de lograr posibilitar una mayor dedicación a la militancia sin “descuidar” sus “obligaciones”. Extender el tiempo de la jornada en que se mantienen activas se revela como una constante en estas mujeres. Sus jornadas son extensas y agotadoras según nos refieren, la militancia es una actividad que “*le quita horas al sueño*”. Experimentan jornadas “interminables” en las que comprometen todas sus energías. Como relata Lucía: “*Eran las dos de la mañana y estaba en la oficina, y a las ocho de la mañana del día siguiente estaba otra vez, de nuevo*” (Lucía, 34 años, casada).

Pero extender la jornada puede tornarse una estrategia insuficiente sino se combina (potenciándose) con otro conjunto de mecanismos y disposiciones. En este sentido, organizarse, jerarquizar tareas y tener practicidad son estrategias imprescindibles que se ponen en juego cuando son múltiples las labores por hacer y los tiempos apremian:

E: Si tenés una actividad de la organización a la noche ¿cómo haces con las tareas de tu casa?

C: Soy bastante organizada, o ya dejo a medio cocinar, que se terminen de cocinar ellos, o ya cocinado, trato ese día de hacer una comida que vaya al horno. Busco lo práctico para ese día. Además si veo que no llego con todo, hago lo importante nada más, no todo (Carmen, 45 años).

Otro de los arreglos y estrategias utilizadas por estas mujeres para lograr conciliar las tensiones derivadas de sus responsabilidades en la esfera privada y su militancia, es delegar determinadas tareas como el cuidado de sus hijos en otras mujeres, que pueden ser familiares o vecinas y amigos del barrio.

E: Cuando tus hijos eran chicos y vos ibas a una marcha ¿cómo hacías con ellos?, ¿los llevabas?

L: Y mi vieja y por ahí una compañera de años que hasta el día de hoy me cuida a mis hijos (...). Es una vecina, me ayudaba primero en el comedor cuando cocinábamos a leña, y después me decía “Yo te ayudo con los chicos, andá vos a esa reunión que depende de eso que tengamos algo para el postre, yo me quedo con los nenes”. Empecé a tenerle confianza, y cuando yo no estaba

¹⁰ El cuádruple rol remite fundamentalmente las responsabilidades asumidas por las mujeres en relación a cuatro “dimensiones”: al mundo del trabajo extradoméstico, a las tareas intradomésticas, al cuidado de los ancianos y a la crianza de los hijos. Al respecto ver: Cristina Carrasco, “La sostenibilidad de la vida humana, ¿un asunto de mujeres?”, en Revista “*Mientras tanto*”, n° 82, enero de 2004, pp. 54-68.

¹¹ Entendemos como tiempo “para sí”, el tiempo que las mujeres logran autonomizar de las responsabilidades y roles tradicionales vinculados al trabajo doméstico, al cuidado de los otros, etc.



era como si yo estuviera (Lucía, 34 años).

Si bien estas estrategias y arreglos posibilitan el logro de mayores márgenes de autonomía, demuestran ser insuficientes para generar un verdadero marco que potencie su participación política dado que continúan operando las limitaciones a la militancia que impone la división sexual tradicional del trabajo. En tal sentido, cuando su permanente militancia no se ve acompañada de un proceso de democratización de las tareas propias del ámbito privado, suele tener riesgos y costos físicos, emocionales y morales. Continúa relatando Lucía:

Cuando estábamos con todo el armado de los planes que nos habían dado como organización, me quedaba hasta las dos de la mañana cargando planes. [Después] llegaba a mi casa y me ponía a lavar ropa, o para planchar la ropa de los chicos me levantaba a las cuatro y media de la mañana (...). Ahora es como que me desligué de los planes. Dije: "Yo en esa área no quiero estar, no puedo más" (...). Descuidé mucho a mi familia, lo tuve que admitir (Lucía, 34 años).

Cuando la mujer percibe que no cumple con sus roles tradicionales en su familia, los mecanismos psicológicos que suelen activarse son los de la auto-incriminación y la culpa, los cuales pueden producir derivaciones directas en su militancia. Se abre un momento de balance y evaluación de las "pérdidas" y "logros"¹² que su militancia produce, el que puede llevar tanto a una desvalorización de sus "logros" como militante, como a una revalorización de las "pérdidas" que la militancia produjo. Esto suele traducirse en el abandono de ciertas tareas y responsabilidades militantes específicas (como en el caso de Lucía) y/o en el comienzo de un proceso de descompromiso paulatino o drástico de su militancia.¹³

La sobrecarga de tareas, roles y actividades a la que se ven expuestas diariamente muchas mujeres militantes las constriñe a padecer "pobreza de tiempo"¹⁴ en relación con los hombres quienes se hallan muy a menudo "exentos", a partir de la complementariedad que se produce entre su autoexclusión de la realización de trabajo doméstico y el sentido de responsabilidad que en torno a esas actividades "pesa" sobre las mujeres. Esa desigualdad en la disposición y el uso del tiempo¹⁵ opera como un obstáculo para

¹² "Pérdidas" y "logros" entendidos en un sentido amplio que se aleja notablemente de los marcos impuestos por las teorías de la elección racional.

¹³ No quisiéramos que de la lectura se desprenda como conclusión que las militantes asocian a la culpa como sentimiento predominante de cara a su militancia, ya que ello ocurre sólo en determinadas condiciones. Por el contrario, se desprende del trabajo de campo que los sentimientos dominantes en relación a la militancia son el deseo, la satisfacción y la alegría.

¹⁴ Nancy Fraser, *Iustitia Interrumpa: Reflexiones críticas sobre la posición postsocialista*, Bogota, Siglo del Hombre Editores, 1997, p. 67.

¹⁵ Al respecto un estudio fundado en la economía del cuidado señala: "En Argentina, en el 78% de los hogares nucleares la cónyuge realiza más de la mitad de la jornada de trabajo doméstico. En las familias nucleares con niños menores de 14

lograr la igualdad pública-participativa. Así, en determinados casos el cuidado de un anciano enfermo perteneciente a la familia de una militante produjo la interrupción de su militancia por períodos de diversa extensión. Gimena relata que:

Aunque tenía muchas ganas de venir [al local] tuve que faltar mucho tiempo a la organización (...). Estaba con el tema de mi papá, estuve quince días con mi papá cuando estuvo enfermo, por lo que ni aparecía por el local (Gimena, 44 años).

Se observa que las mujeres se ven confrontadas frente a obstáculos y dilemas de hierro que los hombres militantes de la organización no tienen que enfrentar dado que las tareas domésticas, el cuidado de los ancianos y la crianza de sus hijos no son parte de su agenda cotidiana¹⁶.

El relato de Gimena da cuenta de las tensiones (en términos de tiempo y disponibilidad para la militancia) a las que están expuestas las mujeres militantes e ilustra el carácter cultural y co-constitutivo de lo público y lo privado. La dinámica intradoméstica y el mundo social y político extra-doméstico se interpenetran, por lo tanto el patrón de división del trabajo (que asigna responsabilidades y tareas) reinante en el marco de la primera, afectará la capacidad de participación y agencia de la mujer en la organización. De allí que la incorporación inesperada de una nueva tarea de cuidado (como la enfermedad de un hijo) impactará en la práctica militante, mientras que la reproducción de una organización de la división sexual trabajo de matriz tradicional en el hogar, seguramente pondrá un "techo" a la trayectoria de militancia.

Estrategias de prevención de los discursos obstaculizantes y de potenciación de la participación militante

Asimismo, las mujeres entrevistadas tampoco permanecen en la inacción frente a los efectos obstaculizantes a la participación que la "cultura machista" vigente intenta producir tanto en sus hogares como en la organización. Por el contrario, adoptan estrategias de prevención y neutralización para evitar tales efectos. En tal sentido, en muchos casos, realizar todas las tareas domésticas antes de ir a una actividad de la organización, tiene como objetivo impedir que su cónyuge funde sus críticas y reproches verbales en "argumentos" que reposen en la oposición: participación en el movimiento/tareas del hogar incumplidas. Cuando consultamos a Beatriz acerca de la opinión del esposo sobre su participación en la organización, ella

años, el 90% de las cónyuges se hacen cargo de su cuidado y la socialización, frente a poco más del 50% de los hombres." en Soledad Salvador, *Estudio comparativo de la "economía del cuidado" en Argentina, Brasil, Chile, Colombia, México y Uruguay*, Buenos Aires, Ediciones Red Internacional de Género y Comercio, 2007, p. 42.

¹⁶ Lo cual no niega que los hombres se enfrenten a otros obstáculos. Si bien no ha sido el objeto de la investigación abordar los mismos, observamos en nuestro trabajo de campo que el rol de proveedor económico puede operar como un obstáculo en la trayectoria militante de los hombres.



sostuvo que:

(...) A veces me critica que estoy mucho en la organización y que entonces no hago las cosas de la casa, yo siempre intento hacer todo antes de salir o ir a una actividad. Si sé que al otro día tengo muchas cosas, el día anterior hago todo (Beatriz, 49 años).

Ausentarse o retirarse previamente a la finalización de las reuniones o movilizaciones que se realizan en horarios que se superponen con sus labores y responsabilidades domésticas, es otra forma de prevención adoptada por estas mujeres para impedir la apelación por parte de sus “compañeros” a la oposición discursiva ya señalada. En referencia a esta problemática una dirigente de la organización nos ha manifestado: “*Las compañeras están en una reunión a las diez de la noche y están así [mira su reloj] con el reloj, mientras que el hombre está lo más tranquilo*”. Se observa que ellas frecuentemente deben tomar resoluciones en el marco de oposiciones excluyentes —de impronta cultural, pero de ese modo subjetivamente percibidas y sentidas— tales como: prácticas de participación sociopolítica/cumplimiento con las responsabilidades y tareas reproductivas.

Otra estrategia de prevención a la que apelan es la de ocultar o dilatar la transmisión de determinadas informaciones y/o la realización de ciertas actividades para evitar otorgar recursos, fundamentalmente tiempo, a quien puede ejercer la “crítica machista”.

Fui ese día, me anoté, fue una alegría para mí haberme anotado en el profesorado. Y antes de irme [a inscribirse] le dije a mi marido: “Voy a empezar el magisterio en el nocturno”. Pero no le pregunte “¿Qué te parece?, ¿quieres?”, por las dudas que me dijera que no, sino que le dije: “¡¡Voy a empezar!!” (Mercedes, 45 años).

Pero no sólo se apela a estrategias que tengan como objeto evitar la interpelación acusatoria o recriminatoria de los esposos o “compañeros” sino que ante la imposibilidad de impedir tales ataques retóricos, se asumen estrategias de neutralización. Menospreciar y/o ridiculizar las reprensiones verbales realizadas por los hombres es una de ellas. De tal modo que, frente a los reproches y “quejas” que estos últimos dirigen a una activa militante de la Secretaría de Equidad de Género e Igualdad de Oportunidades¹⁷ de la FTV (en adelante, SEGIO) por la influencia “herética” que la perspectiva de género genera en las mujeres del movimiento, ella sostiene:

La perspectiva de género es muy revulsiva para los hombres, a mi me han llamado y me han dicho: “Ehh...”

¹⁷ La SEGIO de la FTV nace en el año 2005 como correlato organizativo de un extenso proceso de auto-organización de un sector de las mujeres de la organización. En tal sentido, nace como un espacio para luchar por la igualdad de género tanto en el interior como en el exterior de la propia FTV. Con ese objetivo es que la SEGIO suele realizar múltiples actividades (charlas, talleres, etc.) en los que aborda diversos tópicos: salud sexual y reproductiva, formación política, violencia doméstica, etc.

Emilia, pero vos fijate que las compañeras después se separan”... “no fulano quédate tranquilo” le digo yo, “lo que pasa es que, como todo, al principio uno se va de mambo y después...”. La estrategia le digo yo, [la estrategia] para dejarlo tranquilo (Emilia, 60 años).

La utilización de otra estrategia de neutralización deviene necesaria a partir de las sospechas que genera en los hombres (expresión del machismo al que refieren las mujeres del movimiento) la salida de sus “compañeras” del hogar. Ello las obliga a desplegar esfuerzos y recursos para convencer a sus maridos o “compañeros” que su militancia requiere que pasen largas horas fuera de sus hogares, y que, por lo tanto, en determinadas ocasiones retornen “tarde”. Como en el caso de Paula, quien en su relato deja entrever que sus esfuerzos no son menos cotidianos que infructuosos:

De no salir a ningún lado y de repente salir, venir tarde, y conocer otra gente, eso le jodio. Creo que todavía no se acostumbra. Para él, que yo llegue tarde es como que bueno, en realidad nunca me cree que voy a militar. Cuando voy tarde nunca me cree que voy a militar y de verdad voy a militar. Tengo que dedicarle mucho tiempo y paciencia para explicarle y que me entienda (Paula, 43 años).

Pero sus acciones no se limitan a evitar o neutralizar individualmente los obstáculos propiciados por la “cultura machista” que las “rodea”, sino que paralelamente asumen estrategias colectivas de enfrentamiento y superación de estos. Construir espacios propios autoorganizados donde se constituye una identidad colectiva que las contiene y se fortalece la autoestima de las mujeres, favoreciendo de ese modo su autonomía de acción, deviene una práctica nodal para impulsar su participación e involucramiento y subvertir su subalternidad en la organización:

Nosotras decimos siempre [que] esperamos que hablen los hombres, porque estamos acostumbradas a eso. [En el grupo] es como que le obligamos a la compañera a que también se exprese, o sea estamos nosotras solas (...). Hacemos que se exprese, [y le decimos]: “No importa, nadie se te va a reír, nadie va a hacer murmullo” (Paula, 43 años).

Estas mujeres no solamente ponen el cuerpo y exponen sus opiniones en espacios en los que participan sólo mujeres, instancias que operan como una suerte de “sala de ensayo” en donde ellas expresan sus angustias y empiezan a derribar barreras, sino que también elevan su voz en los espacios de deliberación en las asambleas de la organización protagonizados tanto por hombres como por mujeres. En ellos, la estrategia, a la vez individual y colectiva, que instituyen para romper su silencio y lograr “tomar la palabra” es la búsqueda de acompañamiento y contención afectiva de sus compañeras de militancia:

Estamos en un momento en que otras compañeras empiezan a tomar la palabra, eso lo hemos logrado hasta participar en las asambleas mixtas de la FTV, ¡¡eso fue un logro!! Había una compañera que decía: “Yo hace siete años que vengo a esta asamblea y es la primera vez que hablo y lo puedo hacer porque se que estoy acompa-



ñada por mis compañeras” (Emilia, 60 años).

Participar “articuladamente” con otras mujeres en las asambleas, alentar y respaldar mutuamente sus intervenciones es otro modo de romper el “cerco” propiciado por la “cultura machista”, así como impulsar y apuntalar intersubjetivamente el protagonismo de cada una de ellas:

Es más, a mi me costó mucho todo eso. Participé de algunos grupos con otros compañeros [y] ahí es como que también me empecé a soltar. Tus mismas compañeras te dan fuerza, te dicen: “Hablá, decí algo” (Paula, 43 años).

Paralelamente a la implementación de las estrategias señaladas, estas mujeres se capacitan colectivamente mediante talleres y otras actividades en materia de género, política y otros tópicos, capacitaciones por medio de las cuales se abordan y colocan en el plano de lo consciente problemáticas que las interpelan, como el machismo, la violencia de género, etc. Ello les permite reflexionar en torno al lugar que ocupan en las relaciones de género cotidianas así como también comenzar a identificar y contrarrestar los obstáculos culturales que se configuran frente a su participación e involucramiento.

Militancia y transformación de la subjetividad: una tipología

¿Todas las militantes de la organización ponen en juego las estrategias señaladas? ¿Toda militancia es transformadora de la subjetividad? La tipología que sigue a continuación, precisamente, intenta dar una respuesta “provisoria” a las preguntas realizadas a partir de analizar la relación entre involucramiento militante y transformación de la subjetividad. Hemos podido construirla luego de establecer regularidades y diferencias entre las distintas participantes en lo que respecta, entre otros aspectos, a: los roles, grados y formas que adopta la participación en la organización, los sentidos que les otorgan a su militancia, el tiempo que ha transcurrido desde que son parte de la organización, así como también, la propia percepción de las participantes en torno a los efectos de la militancia sobre su subjetividad y cotidianeidad.

Efectivamente, a lo largo del trabajo de campo hemos observado una diversidad de situaciones no asimilable a una categoría única de subjetividad femenina participante en la organización. En el proceso de búsqueda de factores que nos permitan comprender las diferencias y similitudes, vimos que en el interior de cada tipo se constituía una forma de involucramiento semejante, la cual, tal como lo dejaban entrever los discursos de las propias protagonistas, se expresaba en la ausencia o existencia de cambios similares en la subjetividad de las militantes, factibles de ubicar en el mismo tipo.

Antes de continuar, cabe aclarar que la tipología no conlleva una mirada normativa -no establece jerarquías fundadas en un supuesto deber ser-, ni pretende sostener una correlación monocausal entre militancia y subjetividad desligando ambos polos de otras dimensiones de la vida social, sino que, retomando la propia perspectiva de las protagonistas, intenta dar cuenta del papel de una di-

mensión de esa relación sobre la otra: la de la militancia sobre la subjetividad.

Asimismo, cabe recalcar que no todas las mujeres de la organización atraviesan todos los tipos, como así tampoco su participación en los mismos es irreversible. Las trayectorias de militancia son disímiles, las mujeres pueden iniciarse en la militancia, pero pueden dejar esa práctica, de forma total o parcial, como también pueden hacer grandes esfuerzos por profundizarla.

I. *Femineidades tradicionales: la participación percibida como un trabajo (subjetividades femeninas inmodificadas)*

Las mujeres que incluimos en este tipo tienen en común el hecho de poseer un involucramiento militante frágil y pasivo, así como también, las caracteriza su escasa participación en la organización.

Su acercamiento a la organización suele tener como objetivo ser incluida en un programa social (“un plan”) que les permite el acceso a determinados recursos monetarios necesarios para la reproducción de la unidad familiar de la que forman parte. Desde un comienzo estas mujeres tienen un vínculo lábil con la organización. Los tiempos y horarios en los que, en tanto “contraprestación” informal del subsidio social que poseen¹⁸, asumen un rol específico (cocinera, cuidando a los niños) en el marco de una actividad comunitaria de la organización (comedores, etc.), son extremadamente acotados y pautados. Luego de que trascienden el tiempo en el que “cumplen” con las tareas que involucran su rol, su cotidianeidad se desvincula radicalmente de la organización.

Yo vengo los martes y los jueves a la mañana (...) lo que ocurre después [en el local] no te lo puedo decir porque vengo a ese horario y luego yo me voy a mi casa y entonces ya no sé que es lo que pasa acá (Julia, 47 años).

Su involucramiento militante es débil, “periférico” y circunscripto territorialmente. Participan en el local de la organización anclado en su territorio, pero no lo hacen —o lo hacen de forma esporádica— en el marco de otro tipo de espacios y actividades políticas o sociales desarrollados por la organización tanto dentro como fuera de los marcos de su barrio. Si bien asisten a las reuniones organizadas por la referente de su núcleo territorial, tienen una escasa participación en las marchas (a las que en muchos casos prefieren no ir), concurren esporádicamente a los espacios de formación y discusión política, y muy ocasionalmente asumen responsabilidades que excedan las propias del papel que se les ha asignado.

Perciben e identifican el papel y las prácticas que desarrollan en el local como un trabajo, no como parte de una actividad militante y política, de allí que asocien su participación con significaciones propias del mundo laboral:

¹⁸ En la mayoría de los casos son beneficiarios del Programa de Emergencia Comunitaria (PEC), que la FTV en tanto *Organismo Responsable* administra en el momento de realizarse el trabajo de campo.



Ingresé porque me enteré que estaban anotando. Yo no puedo tener ningún otro plan, tengo cinco chicos y bueno me anoté, y cuando empecé a cobrar vine a cumplir. Yo estoy cumpliendo en la cocina, cocino (Marcela, 24 años).

La endeble inserción y vinculación de estas mujeres con la organización, sumado a una situación personal de profunda inestabilidad y precarización laboral y, consiguientemente, de escasez de recursos, permiten comprender por qué en muchas ocasiones su participación en la organización asume un carácter transitorio. Ante la posibilidad de insertarse en “otro” trabajo la decisión es alejarse del local:

Estoy anotada e hice suplencias en un colegio al que me fui a anotar en el Consejo Escolar. Yo ya hice este año suplencias de portera, pero ahora no me salieron. Cuando me sale alguna voy, cumplo, viste, hasta el día que quede efectiva. Ese día ya le avisaré [a la referente del local] y ya no vendré más (Julia, 47 años).

En el caso de estas mujeres la impronta ya caracterizada que adquiere su participación en la FTV no las impulsó a entablar negociaciones y nuevos acuerdos intradomésticos con sus parejas o cónyuges, dado que la misma no produjo la necesidad de realizar cambios sustanciales en la dinámica interna de la organización doméstica. La distribución de las tareas y actividades concretas no se vio alterada en clave de género por su participación en la organización.

Estas mujeres manifiestan que su militancia no ha generado cambios en lo que respecta a la división sexual de la autoridad y la toma de decisiones en sus hogares. Su participación en la organización no ha producido ningún cambio (como sí ocurre en los tipos que analizaremos luego) en las relaciones de poder en el interior de su vida familiar. Quien encarna la voz más legitimada del hogar y asume las decisiones de mayor relevancia que atañen a todos los miembros de la familia nuclear es el hombre en tanto padre y jefe de hogar. Manifiesta una militante:

Siempre es mi marido el que dice para qué usamos la poca plata que podemos tener de ahorros. Si para arreglar algo de la casa o para irnos unos días a la costa y esas cosas. Para mí mejor, me sacó un problema de encima, además él es el que trae casi toda la plata. También él, como es su padre, decide qué castigo se le pone a los chicos cuando hacen algo muy malo (Julia, 47 años).

En ese marco, niegan que la participación en la organización haya producido cambios en torno a su propia autopercepción y, en este sentido, no identifican formas novedosas de “estar en el mundo” y de autopercebirse.

II. *Femineidades en transición: la militancia activa (subjetividades femeninas en proceso de cambio)*

Este tipo está conformado fundamentalmente por mujeres que, a diferencia de lo que ocurre en el tipo precedente, protagonizan un involucramiento militante activo y consolidado, adjetivos que también caracterizan su parti-

cipación en la organización.

Los motivos que impulsaron a las mujeres que nucleamos en este tipo a participar e involucrarse en la FTV no son homogéneos, más bien, son diversos y heterogéneos. Si bien al igual que lo que ocurre con las motivaciones descriptas en el tipo previo, la obtención de recursos materiales es un argumento recurrente, en este “conjunto” también se registran otras motivaciones, tales como “*sufecer una depresión*” o “*ver si me hacía sentir mejor*”.

Estas mujeres han construido un vínculo cercano, extenso temporalmente y sólido con la organización. Las mujeres aquí incluidas, transcurridos un tiempo desde su vinculación con la FTV, devinieron protagonistas de un proceso de acrecentamiento de sus responsabilidades dentro de la organización. Han empezado a militar en la organización asumiendo un rol particular, abriendo el local o siendo las responsables de brindar apoyo escolar a los chicos del barrio: sin embargo, los grados y sentidos que invisten su participación y la vinculación entre ellas y la FTV se han ido reconfigurando al calor de su creciente intervención en los espacios y prácticas de formación y socialización militante como las asambleas barriales o las acciones colectivas de protesta, entre otros. En el marco de un progresivo proceso de involucramiento con la organización y su militancia, las mujeres que hemos incluido en este tipo ven ampliarse notablemente el abanico de roles militantes que asumen. En este sentido, una entrevistada sintetiza cómo es el proceso que atraviesan estas mujeres:

El primer año me ocupé de abrir el local. De a poco fui metiéndome: empecé a participar más en las reuniones, en las actividades de salidas. Después el referente me convoca como coordinadora y hacen la presentación en mi barrio, como que yo quedaba de coordinadora. (...) Fui tomando roles que me los fueron otorgando y me los fui ganando, y hoy represento a mis compañeros en la asamblea distrital, entre otras muchas otras cosas más (Gimena, 44 años).

Comenzaron su militancia como una actividad que les relevaba escaso tiempo de su cotidianidad, protagonizando un rol particular de poca responsabilidad, pero su paulatino involucramiento militante, observable, entre otros indicadores, en la adopción de múltiples roles militantes, ha hecho que la frontera entre su vida cotidiana y la militancia se vuelva difusa. Los tiempos de la militancia y de la cotidianidad “no militante”, se confunden, se entrecruzan y se tensionan. Como describe Amelia:

Vengo a la mañana, vengo a abrir el local. Esta es mi segunda casa. Creo que a veces te aferras acá (...). A mí me gusta lo que hago acá y si puedo dar más lo doy, el tema es que a veces no me da el tiempo. Pero yo vivo más acá que en otro lado (Amelia, 22 años).

La asunción de una militancia más activa, que conlleva su mayor involucramiento, las ha llevado a adoptar nuevas estrategias y arreglos, maximizar los tiempos, etc., para dar cuenta de sus tareas y responsabilidades cotidia-



nas, como también a entablar negociaciones puntuales con sus esposos o parejas, y con sus hijos/as con respecto a situaciones precisas o determinadas, aunque en lo fundamental en sus hogares continúa primando una matriz tradicional de división sexual del trabajo. Para estas mujeres la militancia no supuso abandonar o distribuir las tareas inscriptas en los papeles clásicos. En tal sentido, el caso de Alfonsina es significativo:

A: Yo antes de venir a la FTV estaba todo el día en mi casa, pero desde que estoy acá, hago muchas cosas, voy a las charlas, etcétera. Entonces ya no es como antes que tenía tiempo para hacer todas las cosas de la casa. Ahora cuando voy a una marcha y sé que voy a llegar tarde le digo a mi marido que él haga la comida para los dos y para nuestros hijos.

E: ¿Qué pensó tu marido ese cambio?

A: No le gustó nada, pero se fue adaptando y comprendiendo que para mí era importante ir a los talleres, las marchas (...). Tampoco es que él ahora tenga que hacer mucho en la casa, lo único que le pido es que me cubra cuando voy a las actividades (...). Es un tema que lo vemos bastante en los talleres de género, que el hombre también tiene que hacer cosas en la casa (Alfonsina, 44 años).

Como se desprende de los últimos testimonios estas mujeres establecen una serie de negociaciones y acuerdos con los distintos miembros del hogar (esposo e hijos/as) con el objeto de que éstos se comprometan más con las tareas comunes del mismo. El tipo de acuerdo que suele establecerse puede ser excepcional —cuando el esposo cocina un día que hay una marcha por la noche, por ejemplo— o puede adquirir un carácter más estable y duradero. Alfonsina ilustra este último tipo:

Mi hijo ya sabe que todos los martes voy a la asamblea y que él se tiene que quedar a cuidar a la hermana. Antes faltaba un poco más a las asambleas o iba con el nene. Pero ahora ya no (Alfonsina, 44 años).

Ahora bien, es dable remarcar que pese a que protagonizan acuerdos, así como también delegan ciertas tareas, las mujeres continúan percibiendo los roles domésticos como una responsabilidad esencialmente personal. Así lo sostiene Carmen:

En mi casa casi siempre hago las cosas yo, salvo cuando tengo una actividad de la organización. Ahí, a veces le pido a mi marido que haga la comida. Me gusta cuando hace cosas de la casa, y además, como siempre lo charlamos con las otras mujeres en las charlas de género, el hombre también tiene que colaborar, pero siento que estoy faltando a mis obligaciones si no hago las cosas de la casa (Carmen, 45 años).

El desarrollo de nuevos procesos de negociación no se circunscribe a la distribución de las tareas y responsabilidades del hogar, sino que también alcanza los momentos en que se asumen decisiones de mediano y largo plazo en el seno del espacio doméstico. En sus testimonios, las

mujeres que entrevistamos señalan algunos cambios en lo que respecta a su participación en las decisiones en el interior del hogar. En tal sentido, sostiene una militante:

Antes todas las decisiones de la casa las tomaba mi marido, pero ahora pienso que no tiene que ser así, que nosotras también tenemos que participar y decidir. A veces charlamos y otras veces discutimos bastante, pero me siento más segura de mí misma desde que vemos estas cosas en los talleres de género [en la SEGIO], entonces puedo discutirle (...). (Alfonsina, 44 años).

Si bien se abren nuevos canales de negociación, la distribución desigual de capitales, no sólo económicos sino también simbólicos entre los sexos, sobre la que en definitiva se asientan estas negociaciones, dificulta enormemente que se generen decisiones compartidas que incorporen los deseos de las mujeres. Los esposos o parejas de estas mujeres parecen aceptar que se tomen decisiones de modo negociado con ellas sólo en torno a ciertos tópicos y no frente a otros.

Quienes han sido incluidas en este tipo no perciben los roles que protagonizan como laborales, sino que, por el contrario, dado que se asumen a sí mismas como mujeres militantes entienden que sus múltiples papeles y actividades son parte de su militancia. En tal sentido, se manifestó Gimena:

La FTV es mi segunda casa, no me creo una gran militante porque para eso me falta, pero amo lo que hago, me encanta participar y hacer cosas para cambiar, y para ayudar a los demás. Yo cada vez que puedo participo de las actividades porque hay que estar (Gimena, 44 años).

En el marco de su militancia estas mujeres asisten a las charlas y talleres sobre tópicos tales como violencia sexual, aborto, desigualdades e inequidades de género, que la SEGIO organiza y dicta en los barrios populares. Estos encuentros han formado en las mujeres una nueva conciencia de género que se expresa en un lenguaje de derechos.

Trabajamos mucho por los derechos de la mujer (...). Es por los derechos humanos, por los derechos de la mujer es que se camina, acá los sábados en varias ocasiones hay reuniones que las da Emilia, para hablarles a las mujeres que no tienen que dejarse golpear, que no tienen que dejarse avasallar, que no solamente un golpe es violencia (...). El tema de la violencia lo sufrimos día a día (Mercedes, 45 años).

Desnaturalizar el lugar de subordinación a las que son sometidas y conocer los derechos que las asisten, estimula y refuerza su militancia en dos sentidos: por un lado, las impulsa a participar en actividades tradicionalmente masculinas (como los debates políticos) sin vivirlas como una acción contraria a “lo que debe hacer una mujer”, y por el otro, introduce un nuevo eje de reivindicaciones en su militancia, la igualdad de género.

Las mujeres enmarcadas en este tipo, son militantes para las que la política ha abandonado la condición de



dominio lejano, incomprensible y masculino con el que se la asociaba antes de participar en la organización. Se ha modificada radicalmente esa imagen negativa, la política ha devenido una práctica cercana, inteligible y, sobre todo, “necesaria”:

Yo antes pensaba que la política era sólo cosa de hombres, pero además que no servía para nada y que solamente era cosa de los políticos. Hoy veo que es cosa de hombres y mujeres, y que es necesaria para cambiar las cosas, es la única forma que tenemos de cambiar cosas (Carmen, 45 años).

Terreno privilegiado de las disputas políticas, el espacio público no es una esfera que estas mujeres prefieran no intervenir. Por el contrario, asocian la alegría e incluso cierta forma de liberación a sus experiencias de participación en las acciones colectivas de protesta. Manifiestan ansiedad cuando ha pasado el tiempo y “*ya no ven la hora*” de volver a las calles, plazas o rutas.

A mí sí me gusta mucho salir..., a mí me encanta participar de las marchas, y a mi hija también, yo no veo la hora que haya una marcha (...). A mí me gusta, me gusta porque digo, yo me llevo bien con todo el mundo. Muchísima gente me saluda, muchísima gente viene a hablar conmigo (Francisca, 51 años).

Finalmente, quienes integran este tipo, identifican cambios en sus formas y maneras de auto percibirse y posicionarse frente a los otros. Los vinculan con un proceso de crecimiento personal que han vivido en el marco de la organización. Mayor confianza en sí mismas, elevación de la autoestima y fortalecimiento de la imagen de sí son los pensamientos y sentimientos que las dominan.

Yo hoy tengo otra mirada, tengo otras posibilidades, y no soy la misma de antes. Cuando vos te sentás a debatir y a decir lo que vos pensás o lo que creés es porque vos cambiaste, porque si no sería como años atrás que yo me podía sentar acá en esta mesa pero me ponía a escuchar a todo el mundo, porque no tenía opinión. Yo era una persona que no hablaba. Era una persona que no decía (...). Hoy si tengo que sentarme con vos, debatir, discutir algo lo voy a hacer, y hace años atrás no (Alfonsina, 44 años).

Sus discursos subrayan las discontinuidades positivas que el proceso que supone la participación activa en la organización produjo en sus personalidades. Cambios y mutaciones que les permiten ampliar tanto sus márgenes de acción, como su propio horizonte personal.

III. *Femineidades alternativas: No puedo vivir sin esto (subjetividades femeninas en lucha)*

Estas mujeres también han sido protagonistas de un proceso de acrecentamiento de roles y responsabilidades dentro de la FTV, aunque en este caso, su participación e involucramiento con la organización no es sólo activo y consolidado sino total. Destinan gran parte del día al cargo que desempeñan en el marco de alguna dependencia estatal, pasan algunas horas de la jornada en el local barrial, forman parte de distintas Secretarías de la FTV,

asisten a los plenarios y a reuniones políticas con dirigentes de otras organizaciones, organizan marchas y manifestaciones, entre otras muchas actividades. La militancia permea toda su cotidianidad, sus extensas rutinas diarias se estructuran en torno a las diversas tareas y responsabilidades militantes, las cuales, demandan, para ser bien resueltas, el compromiso y el esfuerzo de estas mujeres a lo largo de toda la jornada.

La necesidad de alta dedicación que requiere esta forma de militancia impide que las mujeres que la encarnan puedan continuar asumiendo regularmente los roles y las tareas que tradicionalmente efectúan las mujeres en el hogar, lo cual impacta de modo muy profundo en la organización cotidiana de sus hogares. Así lo deja entrever Paula:

Ahora mi marido hace de todo en la casa. Aunque me costó mucho lo logré. Le enseñé a cocinar, lavar, limpiar. Ahora es muy ordenado. Y lo mismo pasa con mis hijos, que también tienen asignadas algunas tareas. Lo que pasa es que desde que estoy militando tanto yo ya no doy a basto, entonces de a poco fuimos charlando estas cosas (...). Un día me senté con mi marido y le pedí que se comprometiera en serio con las tareas de la casa, y de a poco lo fue haciendo. Pobre, a él le costó mucho cambiar (...). Cuando yo me voy, él sabe que es el responsable de la casa y que tiene que hacer las tareas del hogar (Paula, 43 años).

A diferencia de lo que ocurre en el tipo precedente, estas mujeres no sólo establecen acuerdos puntuales con sus esposos o parejas (y/o hijos/as) para delegar ciertas tareas, sino que “van más allá”, celebran un pacto fundante de un nuevo orden intra-doméstico, un pacto que instituye una reconfiguración muy profunda de la división sexual del trabajo y la organización doméstica. Si previamente a éste las actividades en el interior del hogar recaían principalmente en ellas, luego de un proceso de demandas y negociaciones que tienen como correlato el establecimiento de un nuevo acuerdo, se producirá una novedosa colectivización de las tareas y responsabilidades. Todos los miembros del hogar asumen la responsabilidad de realizar determinadas actividades domésticas, los papeles tradicionales de género entran en crisis para dar lugar a una verdadera (re)distribución de los roles y tareas en la que estos últimos se desacralizan y flexibilizan. El relato de Emilia así lo expresa:

Mi marido me espera con la comida, tenemos una hija de quince años, la más chica, a la que lleva al médico. Como yo estoy militando todo el día, él hace muchísimas más cosas en la casa, incluso él va a las reuniones del colegio, se ha ocupado absolutamente de todos los roles que son comúnmente de mamá. Si por alguna razón él no puede cumplir con determinada tarea, alguna de mis tres hijas lo hace, además de las tareas que les tocan comúnmente (Emilia, 60 años).

Este proceso de colectivización y descentralización de los roles, tareas y responsabilidades domésticas también abarca y se manifiesta en la toma de decisiones dentro del hogar. En efecto, las mujeres que nucleamos en este



tipo son protagonistas de un proceso de paulatino cuestionamiento y transformación de la antigua situación de virtual monopolización masculina de las decisiones que reinaba en sus hogares. El relato de Lucía da cuenta de los cambios sustanciales que se han producido en su espacio doméstico:

Antes como que no se discutían mucho las cosas, era mi marido el que tomaba las decisiones más importantes, pero ahora las cosas son distintas, eso también cambió bastante en los últimos tiempos. Ahora las decisiones las tomamos entre los dos (...) (Lucía, 34 años).

Como lo muestran los últimos testimonios la participación y el involucramiento militante genera múltiples cambios en la esfera doméstica de estas militantes. Ello ocurre no sólo por factores objetivos (mayor tiempo fuera del hogar, etc.) sino también por la formación en estas mujeres de una conciencia de género en el marco de la SEGIO. Conciencia que está en la base de esos cambios y transformaciones, así como también, en la profunda reformulación de sus representaciones de género. Paula relata:

Yo cambié en muchas cosas la forma de pensar. Antes no pensaba como ahora, por ejemplo, yo tenía incorporado el trabajo social desde chica, pero no el tema político. Siempre lo relacionaba más con los hombres, por eso a mí me costó mucho empezar a desarrollar lo que es la política. Ahora obviamente ya no lo veo así pero antes sí. O con el tema del liderazgo, también pensaba que era más bien una cuestión de hombres, pero ahora creo que no es así para nada, las mujeres podemos ser muy buenas líderes (Paula, 43 años).

Estas mujeres han cambiado su percepción y valoración tanto de la política como de las acciones colectivas al calor de su participación de la organización. Su involucramiento militante las ha llevado a valorar positivamente la actividad política, pero no sólo la consideran como una tarea “necesaria” sino también “apasionante” y “cotidiana”. Nuevamente retomamos el testimonio de Lucía, quien afirma:

Hace algunos años pensaba que la política era mala. Yo venía desde la iglesia, “Odio la política”, decía, hasta que empecé a entender, que hay distintas formas de hacer política y que toda la política no es mala. Y hoy me apasiona, es algo que hago cotidianamente, todos los días cuando milito, y cada vez me gusta más (...). Y lo mismo me pasó con las marchas y esas cosas. Antes pensaba que lo único que hacían era molestar a la gente, y pensar que ahora soy una de las que las organizo. Las marchas y los piquetes son la forma que tenemos de que se se nos vea y de reclamar lo que nos corresponde. (Lucía, 34 años).

Son las mujeres de la FTV que organizan y dirigen las acciones colectivas de protesta. Cuando se realiza una marcha ellas se sitúan al frente, deciden junto con otras y otros dirigentes, cuándo avanzar y cuándo detenerse (por ejemplo, frente a un Ministerio), cuándo dar comienzo a la marcha y cuándo desmovilizar a las bases para finalizar con la acción de protesta. Como nos dice Paula:

Yo jamás pensé que iba a hacer las cosas que hago desde hace un tiempo en la FTV (...). Suelo estar al frente en las marchas, tratando de ordenar la columna, viendo qué es lo que pasa y evaluando con otros dirigentes cómo va la cosa [se refiere a la marcha] y cómo sigue. Ahí no hay tiempo para distraerse, hay que estar muy atenta tratando de ver cómo va todo. Es mucha responsabilidad, hay que cuidar a los compañeros y compañeras (Paula, 43 años).

De tal modo, estas mujeres al mismo tiempo que valoran positivamente la visibilidad y capacidad de reclamo a la FTV que posibilitan las acciones colectivas de protesta desarrolladas en el marco del espacio público, asocian su participación en las mismas con sentimientos de responsabilidad y cuidado de los/as otros/as.

Asimismo, cabe señalar que las mujeres que integran este tipo identifican y subrayan como positivo el proceso de profunda reconfiguración que ha sufrido su subjetividad en el marco de su militancia en la FTV. En ellas la política ha viabilizado una nueva subjetividad. Como en el caso de Paula, quien siente que “*luego de que entraste, ya no podés volver a como era antes*”, y que hoy es “*una mujer nueva*”:

Vas cambiando tu modo de pensar con la participación, en la lucha. (...). Te cambia totalmente la mentalidad. Luego de que entraste, ya no podés volver a como eras antes, no sólo cambiás en tu forma de ver las cosas sino también en tu forma de ser. Yo soy una mujer nueva. (Paula, 43 años).

Una mayor autoafirmación y seguridad en sí mismas son los elementos centrales que destacan estas mujeres en el momento de señalar los cambios que la militancia total que asumen, produjo en su autopercepción y personalidad. Cambios que se inscriben en el marco de una profunda transformación y reconfiguración de sus subjetividades, que las impulsa a autoperibirse como “mujeres nuevas”.

Conclusiones

La experiencia militante que protagonizan las mujeres de la FTV que hemos entrevistado se encuentra atravesada por múltiples conflictos, tensiones y obstáculos específicos vinculados a los roles, responsabilidades y expectativas que son depositados en ellas en tanto que mujeres. La conciliación de la resolución de sus muchos roles, devenidos de la multiplicidad de inserciones sociales que poseen, demanda para gran parte de estas militantes no sólo la implementación de un conjunto de arreglos y estrategias sino también la realización de considerables esfuerzos personales de orden físico, afectivo, etc. En efecto, las mujeres más comprometidas con su militancia deben elaborar un conjunto de estrategias individuales para lograr armonizar las tensiones y demandas que generan su trabajo productivo, el trabajo doméstico y sus responsabilidades como militantes en el marco de la FTV. Extender la jornada de trabajo doméstico, organizarse y jerarquizar las tareas, delegar determinadas responsabili-



dades (generalmente en otras mujeres, tales como amigas, vecinas, etc.), son las estrategias y/o arreglos individuales más utilizados con los que intentan conciliar los roles privados y los roles militantes.

Esas tensiones se ven potenciadas por los distintos discursos obstaculizantes de su militancia, pronunciados tanto por sus esposos o parejas, como por los compañeros de la organización, a los que deben sobreponerse para poder continuar desarrollando su militancia. Frente a esos discursos, las mujeres que entrevistamos ponen en juego otro conjunto de estrategias individuales y colectivas que tienen por objeto prevenir, neutralizar y/o superar sus efectos inhibitorios. Realizar todas las tareas domésticas antes de ir a una actividad de la organización, así como menospreciar y/o ridiculizar las intervenciones y reprensiones verbales realizadas por los hombres, son sólo algu-

nas de ellas.

Finalmente, quisiéramos destacar que, es sólo bajo determinadas condiciones que la experiencia de militancia que protagonizan estas mujeres genera cambios en sus respectivos espacios domésticos, como así también en su propia subjetividad. La tipología que elaboramos hacia el final del artículo pone a la luz en primer lugar, que no todo tipo y grado de militancia genera necesariamente cambios en ese sentido; y en segundo lugar, que los posibles efectos de la experiencia de militancia tanto sobre la subjetividad de las militantes cómo sobre la esfera doméstica en que habitan son heterogéneos, y que, esa heterogeneidad se encuentra estrechamente vinculada con el tipo y el grado de compromiso con la organización y la militancia que asume cada una de las militantes.

Recibido: 24/06/2012

Aceptado: 18/09/2012